

Aristóteles, Boecio y el significado de las palabras

Carlos Alberto Bustamante Penilla

Facultad de Filosofía “Dr. Samuel Ramos Magaña”. Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.
Morelia, Mich. México.

Contacto: carlos.bustamante@umich.mx

Resumen: Uno de los problemas clásicos de la filosofía del lenguaje es el de la significación. Dicho problema surge desde el momento en que se acepta que las palabras no designan directamente a los objetos, sino que significan algo, y es más bien ese significado el que remite a las cosas propiamente dichas. La naturaleza del significado, instancia intermedia entre las palabras y las cosas, es el motivo del problema. En el presente trabajo se alude a los primeros intentos filosóficos por esclarecer la cuestión del significado, propiamente en la línea que conduce desde Aristóteles hasta Boecio, es decir, desde la teoría que explica la significación con base en ciertos hechos mentales o “afecciones del alma”, según los llama Aristóteles, hasta la idea de que nuestros intelectos aprehenden algún tipo de forma incorpórea en los objetos, constituyendo dichas aprehensiones metafísicas los significados “universales” de los sustantivos que nombran géneros y especies.

Palabras clave: Filosofía del lenguaje, significado, Aristóteles, Boecio, universales.

Los grandes rasgos del problema semántico, o problema de la significación de las palabras, puede resumirse en la pregunta acerca de cómo se relacionan una palabra, su significado y el tipo de objetos a los cuales designa o denota (Auroux, 1998; p. 85). Las condiciones iniciales de este tema han sido descubiertas y descritas por diversos autores de la tradición filosófica. Aquí se tratarán algunos aspectos de los planteamientos iniciales, en una línea que va de Aristóteles hasta el romano tardío Boecio, ya que dicha línea se encuentra en los orígenes de las dificultades filosóficas (y de los retos para las ciencias del lenguaje) que hoy son todavía vigentes.

Aristóteles y el significado de los nombres.

Puede decirse que Aristóteles (384 – 322 a.C.) encara este problema en un pasaje muy conocido, al inicio de *Acerca de la interpretación*:

Así pues, lo que hay en el sonido son símbolos de las afecciones que hay en el alma, y la escritura es símbolo de lo que hay en el sonido. Y, así como las letras no son las mismas para todos, tampoco los sonidos son los mismos. Ahora bien, aquello de lo que esas cosas son signos primordialmente, las afecciones del alma, son las mismas para todos, y aquello de lo que éstas son semejanzas, las cosas, también son las mismas (2008, pp. 35 – 36; 16a).

Aristóteles acepta que “las letras” (la escritura) y los sonidos de las palabras “no son los mismos para todos”. Esto aludiría a la diferencia entre idiomas, si no es que de un dialecto a otro: los ingleses dirán “dog” ahí donde las y los hablantes del castellano decimos “perro”. Esto nos coloca ante lo que Mauricio Beuchot, entre otros, identifica como una teoría convencionalista, definida por la arbitrariedad con la que las comunidades humanas escogen la palabra con la cual designarán alguna cosa (2013, p. 21). Pero el pasaje de Aristóteles nos arroja directamente en el corazón del problema del significado. Si los nombres o sustantivos en el lenguaje son un artificio, ¿cómo es posible que signifiquen “las mismas cosas” para quienes usan diversas palabras al designarlas?

En este punto, Aristóteles pasa de los terrenos estrictamente lingüísticos a los de una teoría del conocimiento. Lo que él denomina “afecciones del alma” son estados internos que hoy llamaríamos “mentales”, resultantes de la relación entre algún objeto del mundo y nuestras facultades cognitivas. Lo que supone el pasaje de *Acerca de la interpretación* es que estados semejantes se producen en diferentes “almas”, es decir, mentes, ante objetos semejantes. Pero esa teoría, cognitiva y no exactamente lingüística, no aparece en el texto referido por pertenecer a otro campo del conocimiento.

Es más bien en *Acerca del alma* y en un pasaje de los *Segundos Analíticos* donde Aristóteles (2003, 2008) se explica. Nuestros sentidos, mediante la experiencia repetida, permiten que el intelecto aprehenda la uniformidad de una clase de cosas, más allá de la multiplicidad de aquellas experiencias (*Del alma*, 424a – 430a; *Segundos Analíticos*, 99b – 100b). Esa uniformidad aprehendida, a la que podríamos llamar “intelección”, resultaría el equivalente aristotélico al significado de los sustantivos. El significado común a palabras distintas, como “perro”, “chien” o “dog”, será la intelección de lo que implique “ser perro”.

Significados sustentados en formas incorpóreas.

Pero, en el transcurso de los siglos, esta perspectiva dio lugar a un tremendo problema. Aquellas “afecciones en el alma” o significados resultantes de la experiencia, ¿son, a su vez, algún tipo de objeto, una clase de “cosas”? No parece complicado aceptar la realidad ontológica de las palabras, en tanto signos orales o escritos, y de las cosas, en tanto posibles objetos en el universo. Pero, ¿qué hay de los significados mismos? ¿Constituyen o no, a su vez, algún tipo de realidad ontológica, es decir, algún tipo de “cosas”? Aquí puede atisbarse el medieval problema de los universales.

Es Boecio (c. 475 – 425), ya en la época de los reinos germánicos, quien delimita ese problema y presenta una primera solución. Lo hace en virtud de un pasaje de la *Isagoge* o “Introducción” a la obra aristotélica *Categorías*, debida al neoplatónico Porfirio (c. 232 – 304):

Así, pues, sobre los géneros y las especies declinaré hablar tanto de si subsisten o son puros y simples pensamientos, como de si son subsistentes corpóreos o incorpóreos, como también de si están separados o si son subsistentes en las cosas sensibles y dependen de ellas [...] (Porfirio, 2003, p. 3; I, 2).

Parafraseando a Porfirio, de lo que se trata es de establecer si “los géneros y las especies” (las clases de cosas) existen en tanto “algo” distinto a las cosas mismas, o si son meros pensamientos: el “ser perro” del perro gris de la casa vecina, por ejemplo, ¿es algo distinto a ese perro singular, pero presente de algún modo en él? ¿O el “ser perro” es tan solo un pensamiento elaborado por una mente humana y expresado por la palabra, que no tiene que ver con lo que hay o no en los perros de carne y hueso?



Figura 1: Aristóteles, ilustración en un manuscrito de 1457, Viena, Austria. En sus estudios acerca del lenguaje, el filósofo griego llamó “afección en el alma” a lo que, posiblemente, hoy llamaríamos “significado”. https://es.wikipedia.org/wiki/Logica_aristotelica/media/Archivo:Aristotle,_Vienna,_Cod._Phil._gr._64.jpg

El viejo problema semántico se ha convertido, así, en un problema ontológico, relativo a lo que existe o no en la realidad misma. Si con Aristóteles el significado de una palabra universal, como “perro”, sería una afección en el alma, ahora la cuestión es si esa afección remite a algo distinto a la mente misma, un objeto que debe ser aprehendido por ésta de algún modo; por ejemplo, “la esencia del perro” o “perreidad”, supuestamente presente en cada can individual. Boecio, en su *Segundo comentario a la Isagoge*, y apoyándose en Alejandro de Afrodisias (Boecio, 2007, p. 5; I.11.1), sostiene que nuestra mente distingue en los objetos de la experiencia lo que tendrían en común y lo convierte en el contenido de un pensamiento, designado por una palabra. Sin embargo, acaso vaya un paso más allá de Aristóteles:

[...] el alma, en cuanto a partir de los sentidos ha sido en sí las cosas confundidas y mezcladas, las distingue con la facultad y el pensamiento que le son propios.



Figura 2: Boecio, ilustración en un manuscrito medieval resguardado en la Universidad de Cambridge. El pensador romano entendió los significados de las palabras como un tipo peculiar de objeto, que no se identifica ni con las cosas individuales ni con el mero pensamiento.

<https://en.wikipedia.org/wiki/Boethius#/media/File:Boethius.jpeg>

Pues a todas las cosas incorpóreas de esa clase, que tienen su ser en los cuerpos, el sentido nos las transmite junto con los cuerpos mismos [...] el alma [...] distingue aquello que le es entregado por los sentidos confuso y unido a los cuerpos, para que examine y vea la naturaleza incorpórea por sí [...] (2007, p. 5; I.11.6).

La palabra que expresa un género o una especie debe significar algo, claro está. Sólo que tal significado se sostiene, ahora, sobre algo incorpóreo pero presente en los objetos que conforman aquel género o aquella especie. Más aún: la mente humana necesita captar y conformar algo semejante a ese objeto incorpóreo presente en los cuerpos de cada espécimen, para obtener el significado de una especie o un género:

[...] si [...] el alma [...] ha observado los géneros y las especies de las cosas corpóreas, abstrae según su

costumbre la naturaleza de las cosas incorpóreas a partir de los cuerpos, y la observa sola y pura, como una forma por sí misma. Así, cuando el alma ha recibido estas cosas mezcladas con los cuerpos, separándolas como incorpóreas las examina y considera (2007, p. 6; I.11. 8 – 9).

La intelección realizada por la mente, si ha de concordar con lo que hay en los objetos externos a ella, ha de asemejarse a esa “forma por sí misma separada como incorpórea”. De esta manera, el significado de una palabra sería propiamente esa “forma incorpórea”, aprehendida por la mente mediante una abstracción, la cual a su vez remitiría a la forma general, también incorpórea, presente en los individuos que sean parte de un género o de una especie. Así, palabras diferentes como “perro” o “dog” conseguirían significar lo mismo en virtud de la forma incorpórea aprehendida en la mente (o en el “alma”, diría Boecio) a partir de la forma incorpórea presente en los objetos, en este caso en cada perro individual: el “ser perro” general que está en cada perro individual.

Los siglos de la Edad Media lidiarán con el problema relativo a qué tipo de naturaleza, si alguna, ostentarían esos “universales” incorpóreos, no sólo aprehensibles por la mente sino presentes, de alguna metafísica manera, en cada objeto individual de la realidad. Más adelante, la modernidad filosófica (Auroux, 1998, p. 88) intentará eludir la problemática aceptación de realidades no tangibles como elementos del proceso de significación. Sin embargo, el problema planteado por la posibilidad de entender los significados como algo diferente, un tercer término en la relación entre las palabras y las cosas, se mantendrá hasta nuestros días. ¿Es el significado, en sí mismo, algún tipo de “cosa”?

Referencias

- Aristóteles. (2003). *Acerca del alma*. 1a. Ed. Barcelona: Gredos – RBA.
- Aristóteles. (2008). *Tratados de lógica II*. 2a. Reimpr. Madrid: Gredos.
- Auroux, Sylvain. (1998). *La filosofía del lenguaje*. 1a. Ed. Buenos Aires: Docencia.
- Beuchot, Mauricio. (2013). *Historia de la filosofía del lenguaje*. 1a. Ed. Electrónica. México: Fondo de Cultura Económica.
- Boecio, Anicio Manlio Torcuato Severino. (2007). *Comentario segundo a la Isagogé de Porfirio I. 10 - 11*. 1a. Ed. Buenos Aires: Porrúa. Trad. Diego Seguí.
- Porfirio. (2003). *Isagogé*. 1a. Ed. Barcelona: Anthropos.

NOTA: En el caso de los textos clásicos de Aristóteles, Porfirio y Boecio, se indican también las referencias canónicas usuales para cada autor.